



AÑO III

← BARCELONA 19 DE MAYO DE 1884 →

Núm. 125

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Escudo que perteneció á Enrique II de Francia. (El original se halla en poder de Mr. G. Pilon de Paris)

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS, por don Ramon Fernandez de Mera.—EL ÚLTIMO DRAMA (*Conclusion*), por don Félix Rey.—LA EXPLORACION DEL PILCOMAYO (III), por don Manuel Aranda.

GRABADOS: ESCUDO DE ENRIQUE II REPRODUCIDO FOTOGRAFICAMENTE POR EL PROCEDIMIENTO INSTANTÁNEO DE MEISENBACH.—EL BARON DE MUNCHHAUSEN, cuadro por Vicente S. Lerche.—SALIDA DE UN BAILE, cuadro por Ribera.—UNA VISITA INOPORTUNA, cuadro por Gustavo Sus.—EL TOQUE DE AÑO NUEVO, dibujo por Otto Kopp.—RECOLECTORAS DE FUCOS Y ALGAS, cuadro por H. Rasch.—RECUERDO DE ROMA, cuadro por Enrique Serra.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL CUERPO DEL DELITO, cuadro por T. Moragas.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Elecciones.—El senador y el diputado.—Vuelos concéntricos al redor de la urna.—Novela electoral.—Mayo tirano sucede a Abril débil.—Telégrafo musical.—Armonía en el arroyo, en el árbol, en el aire.—El 2 de Mayo.—Becquer.—Sus restos mortales y sus imitadores.—Edición monumental de las obras de Echegaray.—La cárcel modelo.—Digresión acerca del sistema celular.—¡Alto el juego!

Se han efectuado las elecciones para senadores y diputados. Resultado, el previsto. El gobierno se lleva siempre en esta lucha la parte del león. España tiene una nueva representación nacional. La agitación que precede a las elecciones, el ir y venir de los muñidores electorales, y las promesas sin fin de los candidatos, la docilidad con que los electores obedecen, las ambiciones más ridículas que grandiosas que se ciernen sobre cada urna, los mil tipos curiosos é interesantes que en la batalla intervienen, merecen, no un libro, sino una copiosa biblioteca, y no un cuadro, sino un numeroso museo empleado en describirlos ó pintarlos. Lástima es que queden inéditas tales escenas donde cabe todo, desde la alta comedia hasta el popular sainete. Inglaterra tiene un género literario destinado á reproducir y conservar—como el naturalista conserva en bodegas de alcohol los seres que flotan en la atmósfera, nadan en los mares ó se arrastran por la tierra—estas fisonomías de la vida política. En España apenas se ha escrito cosa de fundamento aún sobre ello. Un solo libro de cuenta hay y su autor, el insigne Pereda, acaba de reimprimirlo en lujosa edición. Se titula *Los hombres de pro*. Es la historia de un señor campesino que consigue ser diputado á cortes, sus correrías á lomo de un venerable cuartago por las aldehuelas inmediatas al pueblo en que mora, las infamias ó ridiculeces de la vida política en los pueblos de poco vecindario; todo sazonado con la sal que Pereda espolvorea sobre sus libros.

El diputado es el hijo mayor de la familia política; el senador el abuelo de ella, con el cual no se cuenta sino para que sancione con una senil sonrisa las locuras que ha hecho el nieto. El congreso es el gran escenario, el Senado una especie de academia. En el primero se discute, se lucha, se caldean las pasiones; en el otro cuerpo se dormita.

Las escuelas distintas que disertan sobre si ambos cuerpos son ó no necesarios para la gobernación de un Estado no se pondrán jamás de acuerdo. El congreso es la patria que grita, el Senado la patria que bosteza.

* *

Por fin hemos entrado de verdad en la primavera; se han desgarrado las nubes, ha lucido el sol, los campos han rielado fulgurando los surcos de los sembrados como si hubiesen puesto en ellos simiente de piedras preciosas. Desde los bosques de álamos de la Alhambra hasta los bosques de pinos del Norte, podría establecerse un telégrafo músico de ruiseñores, que de copa á copa transmiten entre gorjeos la misma noticia, la de que el mes de Mayo ha recobrado sus derechos imponiendo su autoridad á los rebeldes. El mes de Abril fué débil y se dejó dominar por dos validos desleales: el frío y la lluvia. El primero le amenazó con un puñal de hielo, el segundo le obligó á ceñirse, en vez del regío manto de la primavera adornado de flores, la capa pluvial de los temporales. El reinado de Abril tuvo las turbulencias propias de una minoridad. Pero al niño sucedió el mancebo, al débil é irresoluto monarca el poderoso dominador, y esgrimiendo Mayo su espada de oro hecha de un rayo de sol, sojuzgó nubes y ventiscas, y su triunfo le celebró la naturaleza en ese gran templo que se llama el campo, con un *te-deum* magnífico en que cantaron las aves, los lirios y los jacintos sirvieron de incensarios y los insectos de alas brillantes chirriaron su música monótona acompañados de la rana, ese sochantre de la gran orquesta que se asoma á las superficies de los charcos para entonar su aleluya eternamente repetida.

* *

La función religiosa y cívica del 2 de Mayo tiene una solemnidad ante la cual los mismos extranjeros se prosternan. En el seno de la primavera, cuando en las entrañas de la humanidad corren estremecimientos de alegría, cuando en los campos flotan olas de perfumes y de pájaros, esta elegía nacional, este *de profundis* heroico adquiere mayor vida por el contraste. El obelisco del 2 de Mayo se levanta en el Prado de Madrid como un enorme índice de piedra que señala allá arriba á través del

luminoso cielo castellano el camino de los héroes y de los mártires.

La invasión francesa ha pasado, los hechos odiosos de que el año 1808 fué víctima España, no son más que un recuerdo, y la crítica de la historia y el buen sentido del pueblo español han sabido distinguir en aquella felonía al tirano que la cometió del noble pueblo francés que la vió con repugnancia.

Un insigne escritor italiano que hoy se encuentra en la República Argentina, Edmundo de Amicis, reconoce que España ha descargado toda la culpa de los estragos que sufrió contra Napoleón y Murat, y dice con notable recitividad que la ceremonia del 2 de Mayo es noble y grande, porque ante aquel sagrado monumento España no tiene sino palabras de paz y perdón.

* *

Los restos del infortunado poeta Becquer van á ser trasladados á Sevilla. Justo homenaje y debido recuerdo al insigne cantor de las rimas. Becquer es un ejemplo de cómo se hacen las reputaciones. Murió casi desconocido y sin otra fama que la efímera del periodismo. Llevaba escritas muchas de sus hermosas leyendas y de sus primorosos cuentos, obra de un buril superior en el mármol de la lengua cervantina, y sin embargo no se le concedía otra importancia que la de uno de tantos principiantes. Muere, y apenas muere la fama se apodera de su nombre y de sus versos, se reimprimen sus artículos, y en España y América una ovación de aplausos saluda al malogrado poeta.

Becquer hizo una sola cosa mala: crear un género en apariencia fácil, puesto que desdeña la forma, y tentador por lo mismo para los jóvenes que porque se entristecen á la caída del sol y sienten un dolor muy grande cuando sus novias les hacen traición, se juzgan hijos legítimos de Apolo. Al mismo tiempo que crece la fama de Becquer, crece el número de sus imitadores. Estos son como la carcoma en la encina, como la hiedra en el álamo: algo que vive de ajenos jugos.

«Yo siento algo divino aquí dentro»

ha dicho Becquer y repiten con él estos poetas inéditos; cuando la frase de Becquer que debían repetir es esta, refiriéndose á su sentimiento artístico:

«Lo llevaré en la mano, en cualquier parte, pero en el pecho, no.»

* *

Es propia manera de ser de los genios en las artes el ser muy discutidos, ensalzados sobre manera y deprimidos sin justicia. Se les colma de alabanzas y se les cubre de oprobio, y entre la agitación de las muchedumbres que exaltan con el ardoroso verbo de su númen, hay manos que les traen apercibida corona de laurel ó corona de espigas.

Echegaray no podía eximirse de esta ley común á todos los que como él han traído á las artes nuevas ideas y nuevas formas. Su fecundidad ha contribuido mucho á que se le haga justicia. Si en vez de producir con tan prolífica abundancia hubiese sido de otra condición intelectual, de los que conciben despacio y despacio elaboran, muchos años habrían pasado y no hubieran conseguido ver esta unanimidad de pareceres que reconoce en él al insigne dramaturgo.

Pero como Echegaray tiene una fecundidad portentosa, hé aquí que mientras los críticos están discutiendo una obra suya, él arroja sobre el público una avalancha nueva de flores y brillantes, una nueva tempestad de relámpagos celestiales. Un hombre así no puede menos de triunfar. Una de las formas del triunfo ha sido para Echegaray la suscripción nacional iniciada por *La Época* en marzo del 81, á raíz del estreno aplaudidísimo de *El gran galeoto*, suscripción destinada á hacer una edición monumental de las obras del insigne escritor.

Acaba de aparecer el primer tomo de esta edición que contiene *La Esposa del vengador*, *En el puño de la espada* y *O locura ó santidad*, ilustradas con magníficas viñetas por Melida. Echegaray no necesita para que sus obras brillen por completo más que una buena compañía de actores. Calvo está en América, Vico emprenderá bien pronto el mismo viaje... ¿Tendrá que acabar Echegaray, que es gran mecánico, por inventarse una máquina de representar comedias?

* *

Se había efectuado la inauguración de la Cárcel modelo erigida en la Moncloa, la inauguración oficial, la de los brindis y los discursos, pero aún era un edificio sin estrenar; aún no había alentado ninguna esperanza de libertad tras sus rejas, ni ninguna negra desesperación había dormido los crueles ensueños del calabozo en aquellas celdas monásticas del crimen.

Hace pocas noches que se trasladó á ciento veintinueve presos desde el antiguo Saladero á la nueva cárcel. Se les obligó al entrar en el edificio á tomar un baño. Uno y muy largo en las aguas de la cultura necesitan los desgraciados presos de la Moncloa, olas de educación que fortifiquen su voluntad como las olas del mar fortifican á los temperamentos débiles.

La cárcel modelo de Madrid, como es sabido, está construida con arreglo al sistema celular. El preso queda incomunicado. La soledad es su compañera, cuatro paredes sus contortulias, un lechó vacío su esposa, y ver arder

de noche un mechero de gas tras un cristal raspado su único espectáculo. Sistema de gran efecto para un espíritu educado. El hombre á solas, cuando tiene la inteligencia en condiciones idóneas, medita, pero cuando su inteligencia está muerta ó dormida, la soledad y el silencio convierten el sueño moral en muerte, la muerte en desorganización completa, el criminal en loco ó en idiota. Un astro que tiene en las entrañas inflamadas la irradiación de la luz, puede en las inmensas soledades del espacio brillar y reflejar su propia luz; pero el oscuro pedrusco perdido en el cielo, sólo brilla cuando un rayo de luz ajena viene á herir su corteza.

No es esto atacar el nuevo sistema penitenciario, es afirmar una verdad: la de que no es posible obtener la corrección de todos los hombres por el mismo sistema.

* *

El hipódromo de Madrid está lleno de gente. Las tribunas son un arco iris de hermosura y elegancia; el pueblo forma negros cordones alrededor de las maromas que rodean la pista. Delante de la tribuna que ocupan los jueces, los *jockeys* montados en soberbias bestias hacen lucir los vivos colores de sus blusas de raso... Las carreras de caballos de mayo son ya un vistoso espectáculo en la capital de España. Creo que las carreras no son más que un espectáculo y no un medio de fomentar y mejorar la raza caballar española, porque el caballo más útil á la agricultura no es el más veloz sino el más fuerte. He dicho que es un espectáculo y añadiré que es juego de azar en que se cruzan cantidades considerables. ¡Gran efecto dramático conseguiría un juez apareciendo en el hipódromo y echando en medio de la pista su baston con estas palabras:

—¡En nombre de la ley, alto el juego!

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

ESCUDO DE ENRIQUE II DE FRANCIA, reproducido fotográficamente por el procedimiento instantáneo de Meissenbach

A la vista de este trabajo hemos de confesar que no cabe llevar á mayor perfección la copia de un objeto de arte. Tentados estamos á decir que el inteligente y aún el simple curioso se harán más cargo de esa complicada obra por su reproducción que pudieran hacérselo por el mismo original. Ni el más pequeño detalle, ni la más insignificante línea, ni el ménos destacado relieve, han dejado de imprimirse en esa prueba sin rival, que constituye un nuevo progreso en la aplicación de las ciencias físicas.

EL BARON DE MUNCHHAUSEN, cuadro por Vicente S. Lerche

El baron de este lienzo es, en la tradición alemana, el tipo del cazador que se atribuye aventuras imposibles y que conocemos en España con el nombre de baron de la Bola. Uno mismo es su flaco, contar á sus huéspedes las más estupendas mentiras; pero como el maravilloso cazador habita un suntuoso palacio y trata á sus convidados á cuerpo de rey, nunca le faltan *admiradores* dispuestos á tragar sus bolas mientras se las sirva trufadas y remojadas con *champagne*.

Nuestro héroe ha hecho pintar en las paredes de su rica mansión algunas de las hazañas que tiene obradas en el ramo cinegético. El autor del cuadro ha escogido el momento de sobremesa en que el baron explica uno de los argumentos de aquellas pinturas, que es como sigue:

En una partida de caza, agotados sus proyectiles, hubo de cargar la escopeta con huesos de cereza, cuando se le puso á tiro un magnífico ciervo. Hizo fuego nuestro Nemrod con su acostumbrada buena puntería; pero la insuficiencia del proyectil libró al ciervo de una muerte segura. A la primavera siguiente, el famoso cazador tuvo un encuentro con el ciervo de marras, al cual, entre asta y asta, había nacido y prosperado el más frondoso cerezo de que hasta entonces se tuviera noticia.

Tal es el baron de la Bola ó de Munchhausen.

SALIDA DE UN BAILE, cuadro por Ribera (Exposición París)

Siempre hemos creído que el público, aún el ménos artísticamente educado, poseía el sentimiento del arte y aún cierta inteligencia intuitiva del mismo, que no sólo le permite distinguir lo bueno de lo malo, sino pronunciarse entre lo regular y lo superior. Penetremos en un Museo, en una exposición, y á buen seguro que sin necesidad de catálogo nos enteraremos de cuáles son los mejores cuadros con sólo fijarnos en los que sean contemplados por mayor número de curiosos.

Esto podía comprobar cualquiera en la exposición París, donde el cuadro de Ribera que hoy publicamos obtuvo el calificativo de sobresaliente por unanimidad de votos. Concebido con singular acierto, dibujado con una corrección exquisita y pintado con una verdad y soltura propias de quien domina los efectos del color, es ciertamente una joya de tanto valor como buen gusto. El asunto está tratado de tal suerte que, sin carecer de animación propia, no se ha producido confusión alguna entre los diversos grupos del cuadro, siendo de primer orden el compuesto por los dos pobres niños que empiezan su rudo trabajo á la hora en que ¡contraste amargo! los que gozan del mundo van

á buscar en blando lecho el descanso de unas fatigas que voluntariamente se han ocasionado.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA une su aplauso al del público y felicita muy cordialmente al Sr. Ribera por su deliciosa obra.

UNA VISITA INOPORTUNA,
cuadro por Gustavo Sus

La escena es terrorífica; el enemigo se ha hecho visible; los galos se hallan á las puertas de Roma.

Pero los romanos, uno de ellos, cuando ménos, no parece muy dispuesto á dejarse sacrificar impunemente, y mientras la madre, justamente alarmada, recoge la menuda prole, el padre gallo levanta el idem y se prepara á defender hogar y familia.

El cuadro de Sus está lleno de verdad y prueba el detallado estudio que su autor ha hecho de los dramas del corral.

EL TOQUE DE AÑO NUEVO,
dibujo por Otto Kopp

Desde lo alto del campanario, el toque de la corneta dice al pueblo que empieza un nuevo año. ¿Tiene que ver esta costumbre con algun hecho que explique la sustitucion de la campana, instrumento esencialmente religioso, por la corneta, instrumento típico del cuartel y del campamento? No lo creemos, á ménos que una especie de toque de diana no venga á recordar á los fieles el alba de ese instante en el tiempo que se llama año, en cuyo primer día todos formulan votos de vida nueva, que raramente se cumplen.

RECOLECTORAS DE FUCOS Y ALGAS,
cuadro por H. Rasch

Si una vez más tuviera que comprobarse que el mérito de una obra no debe medirse por el tamaño de esta, el cuadrito de Rasch, perfectamente entendido por su grabador, sería una demostracion que de fijo no pasará desapercibida de nuestros favorecedores.

RECUERDO DE ROMA, cuadro por Enrique Serra

Este sencillo lienzo se halla impregnado de dulce melancolía. Los últimos rayos del sol iluminan un paisaje triste, limitado por la vaga silueta de la Ciudad Eterna. La naturaleza ha sido despojada de sus galas: un austero religioso pisa, solitario, el campo inculto; algunos restos de la antigua Roma atestiguan la fragilidad de las obras humanas.

Hay en este cuadro una sobriedad recomendable: el autor debe haberlo concebido en una de esas horas en que se apodera del artista la nostalgia de la patria y de la familia; una de esas horas en que, sin explicarse la causa, las lágrimas caen silenciosas encima de la paleta; horas del ocaso en que no se vislumbra la posibilidad de la aurora y en que hasta la misma gloria parece una de esas mujeres condenadas á ahogar á sus amadores entre los brazos.

Es un cuadro *sentido* y que por lo mismo hace sentir.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL CUERPO DEL DELITO, cuadro por T. Moragas

Se ha cometido un crimen, y la justicia africana tiene de bueno la rapidez del procedimiento. El autor de este cuadro ha resumido todo el código en el lienzo.

Allí está el pueblo, es decir, la sociedad que, en defensa propia, reclama el castigo del delincuente. Como sería muy fácil que el *cuerpo social* quisiera hacerse justicia por su propia mano, un jinete contiene á sablazos los expeditivos impulsos de la *turba multa*.

En primer término son de ver el tribunal, el reo, sus guardianes, el acusador privado y el cuerpo del delito, una camisola ensangrentada.

Si en último término, un término no muy lejano, apareciera la horca, el pensamiento sería completo.

—¿Y el defensor?...—preguntará cándidamente algun abogado de oficio, recién salido de la universidad. El defensor huelga, compañero; el defensor es un invento de cierta dama, que se llama *civilización*, y que hace maldita la falta entre ciertas gentes.

Este cuadro está lleno de vida en su conjunto y de verdad en sus detalles: Su autor ha demostrado en esta obra lo que vale y lo que puede.

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

I

En el año de 1842 no era Madrid la populosa villa que hoy conocemos. Algunos de sus barrios, que son en la actualidad hormigueros humanos entre cuyas bocanadas de fétido vaho se asfixia la vida demasiado concentrada, eran en aquella época sucias callejuelas de lugar formadas por media docena de viviendas malsanas y destartadas y por otra media docena de solares donde crecía libremente la yerba y aleteaban á su sabor toda suerte de volátiles domésticos. El barrio de las Salesas y especialmente la plaza de este nombre eran casi un desierto en el que aparecían como oasis el convento, hoy transformado en

Palacio de Justicia, algunas casas bajas, dependencias del mismo, y otras dos ó tres particulares.

Una de estas, situada en el ángulo de la izquierda y separada del convento por un callejon sin salida, pertenecía y servía de habitacion á D. Juan Castro, protagonista de la extraña y verídica historia que voy á narrar á mis lectores.

La casa, exteriormente, era de mezquina apariencia y de estrecha fachada; pero tenía mucho fondo y un gran espacio que hubiera podido ser huerta ó jardín, pero que en realidad no era ninguna de las dos cosas, porque unos cuantos palmos de terreno sembrado de algunas legumbres y una higuera raquítica no constituyen una huerta, y quince ó veinte olmos medio secos y una fuente con pilon de mampostería no merecen el nombre de jardín.

Esta casa, casi aislada y cerrada siempre, estaba en armonía con el carácter y ocupaciones de su propietario.

Don Juan Castro habia nacido en La Porra, pueblecito situado en los Pirineos y colindante con el camino que unía á Gerona con Perpiñan, y tan rayano de la frontera francesa que no se sabe si pertenece á Francia ó España; bien es verdad que ninguna de las dos naciones tiene interés en su posesion; tan feo es, tan árido y salvaje.

Con decir que cuando se quiere mandar á alguien á un mal sitio se dice *que se vaya á la Porra*, está dicho todo.

Don Juan Castro era natural de La Porra, pero habia pasado su niñez al amparo de un tío suyo que tenía una fábrica de curtidos en Santiago de Galicia. Otro tío, propietario en Madrid, se le habia traído á la corte, y como era solteron y no tenía herederos, prohibió al jóven Juan y le dió una educacion esmerada para aquellos tiempos.

El tío, sin duda por no saber en qué ocuparse, se habia dedicado al estudio de la química y de las ciencias físicas, y al morir transmitió á su sobrino, no sólo las tres buenas casas que en Madrid poseía, además de la en que habitaba, sino que también su afición á los susodichos estudios.

En la época en que le presento al lector, D. Juan Castro tenía cincuenta y dos años, pero representaba sesenta.

Era sumamente feo y de una delgadez espectral, y se distinguía por el monte de cabellos grises y encrespados que se asemejaban sobre su cabeza á una montera de las vulgarmente llamadas *de pellejo*, y por el brillo sin:estro de sus ojillos redondos y amarillentos como los de un ave de rapina.

Su parte moral era detestable. Adusto, seco de corazón, egoísta, vengativo y tenaz, no habia conocido ninguna afeccion humana, por decirlo así; y en su aridez de carácter sólo se destacaba una afición que parecía un contrasentido; y era un amor grande por la escultura, si bien este amor podía considerarse sólo como una distraccion, ya que su única, exclusiva y absorbente pasión la constituían los trabajos y estudios de las ciencias experimentales.

Después de algunos viajes que hizo al extranjero, no por placer ni curiosidad sino por aumentar el caudal de sus conocimientos científicos, se instaló ó mejor dicho se encerró en su casa de la plaza de las Salesas como un buho en su agujero solitario.

II

Allí vivía servido solamente por una criada de cuarenta y ocho años de edad llamada Micaela, y allí pasábase los días y las noches solo, sin tratarse con nadie, entregado á sus experimentos químicos con una asiduidad que rayaba en encarnizamiento y suspendiéndolos únicamente de tarde en tarde para entregarse, á guisa de pasatiempo, á sus aficiones escultóricas.

Pretendía resucitar la Alquimia aplicándola á la Física y á la Química; y respecto á la bella arte trataba de hallar el secreto perdido de la pura y graciosa línea antigua.

Ni el orgullo de exhibirse ni el deseo de hacer bien á la humanidad le impulsaban en aquellas faenas en las que empleaba todo su tiempo, gastando además gran parte de su hacienda en la adquisicion de máquinas, instrumentos y modelos.

Quizá á Castro, hombre de organizacion enérgica, le pesaba el vacío de su existencia y trataba de llenarle, y tal vez esta causa explique las siguientes palabras cambiadas con su vieja sirvienta, una mañana, después de recibir una carta bastante voluminosa:

—Micaela.

—Señor.

—Me he casado por poderes. Dentro de ocho días estará aquí mi mujer y es preciso que halle la casa aseada y en buen orden.

Micaela se quedó estupefacta y consternada. Su amo se habia casado: en aquella casa iba á entrar otra mujer que sería la dueña: además ¡quién sabe! no obstante lo avanzado de su edad D. Juan podia tener hijos.

¡Qué golpe, qué contrariedad, qué desencanto!

Pero ¿qué habia de hacer? se resignó hasta ver venir, é inmediatamente se ocupó en obedecer las órdenes de su amo.

Con efecto, ocho días después, D. Juan Castro se vistió un poco más decentemente de lo que tenía por costumbre, salió de su casa á las diez de la mañana y volvió en un ómnibus, cuya imperial estaba llena de baulés.

La señora de Castro tomó posesion de la casa de su marido.

No bien hubo entrado en ella hizo un gesto que indudablemente queria decir:

—¡Qué marido y qué casa!

Y eso que Nemesia Fernandez de Castro no estaba acostumbrada á gollerías. Era una jóven de veinticuatro

años, rubia y bastante bonita, natural de Santiago y pobre como una rata. Cuando ella era casi niña y D. Juan Castro casi jóven habian tenido unos fugaces amórios interrumpidos por la traslacion de éste á Madrid. El recuerdo de aquel devaneo hubo de influir seguramente en el viejo célibe cuando trató de alegrar su soledad con una compañera.

En cuanto á Nemesia, aunque supuso que su antiguo novio debia estar algo averiado, se resignó fácilmente á la boda por las razones siguientes:

No quedarse para vestir imágenes como ya recelaba.

Salir de la dependencia de un tío muy gruñon.

Disfrutar de la fortuna de su pretendiente exagerada por la distancia.

Y sobre todo, vivir en Madrid.

Porque Nemesia era una coqueta de provincia con todos sus perfiles. Leía con avidez novelas y periódicos madrileños y la idea de conocer la corte de España la estremece de gozo.

Además, Nemesia creyó, no sin motivo, que siendo jóven y bonita dominaría á su marido y en esta idea basó mil castillos en el aire y dos mil proyectos de color de rosa.

Cuando se halló instalada en aquel caseron desmantelado, en aquella plaza donde crecía la yerba, al lado de aquel hombre apergaminado, de dedos amarillentos, negros ó rojos alternativamente y que olía á drogas, experimentó un movimiento de repugnancia que se convirtió después en terrible decepcion al comprender que nunca llegaría á doblegar la voluntad de hierro de aquel débil viejecillo.

Porque sucedió que á los pocos días de su matrimonio don Juan Castro, mirándola intensamente con sus penetrantes ojillos y en un tono que no admitía réplica, habíala dicho:

—Mira, querida; yo te he escogido por compañera, no precisamente por tu agraciado palmito ni por nuestros recuerdos de aquel devaneo amoroso, sino porque, pobre y habiendo vivido siempre en el poblachon de Santiago, siempre mejorarás por poco que mejores á mi lado. Por lo tanto, nada de tonterías ni de exigencias. Dentro de esta casa, que si no alegre es cómoda y espaciosa, puedes regalarte á tu gusto y hacer lo que te dé la gana. Fuera de esto nada de visitas ni de diversiones. Sobre todo te encargo mucho silencio y tranquilidad, pues el haberme casado no ha de ser motivo para que interrumpa mis estudios y ocupaciones. Debo hacerte además otra advertencia: sin ser precisamente como el celoso extremeño de la novela de Cervantes, exijo de tí una conducta decorosa é irreprochable, porque aunque viejo, en un caso de extravío, que no quiero suponer, sería inexorable para tí. ¿Comprendes?

Nemesia, que no era tonta, comprendió que bajo la apariencia raquítica de aquel hombrecillo se ocultaba una voluntad de gigante, una obstinacion soberbia y sobre todo un espíritu de venganza terrible.

Se resignó pues. ¿Qué habia de hacer la pobre?

III

Pero se resignó á medias, porque una mujer colocada en una situacion imprevista y antipática se siente capaz de luchar con el hombre más tenaz y más fuerte.

Así pues, en la casa de la plaza de las Salesas estalló una guerra doméstica, ó mejor dicho, no estalló sino que permaneció en un estado latente de ebullicion oculta.

Tal era la situacion conyugal al entrar la primavera del año de 1843, época en que comienza esta historia.

Nemesia era de carácter avieso y caviloso y entendía la lógica á su manera. Segun ella, aquel viejo odioso y repugnante no tenía el derecho de imponerla sus deformidades físicas y morales, negándola todas las compensaciones, por lo que, á riesgo de su vida, determinó vengarse de él del mejor modo que puede vengarse una mujer. Y ya sabemos en qué suelen consistir esas venganzas.

Nadie entraba en aquella triste casa, si se exceptúa, y esto muy de tarde en tarde, alguno que otro viejo, generalmente calvo y con gafas, que se encerraba con D. Juan Castro en su laboratorio; y casi siempre precedían á estas visitas ruido de hornillos encendidos, chirridos de máquinas y detonaciones formidables; lo cual exaltaba hasta el paroxismo los nervios de Nemesia.

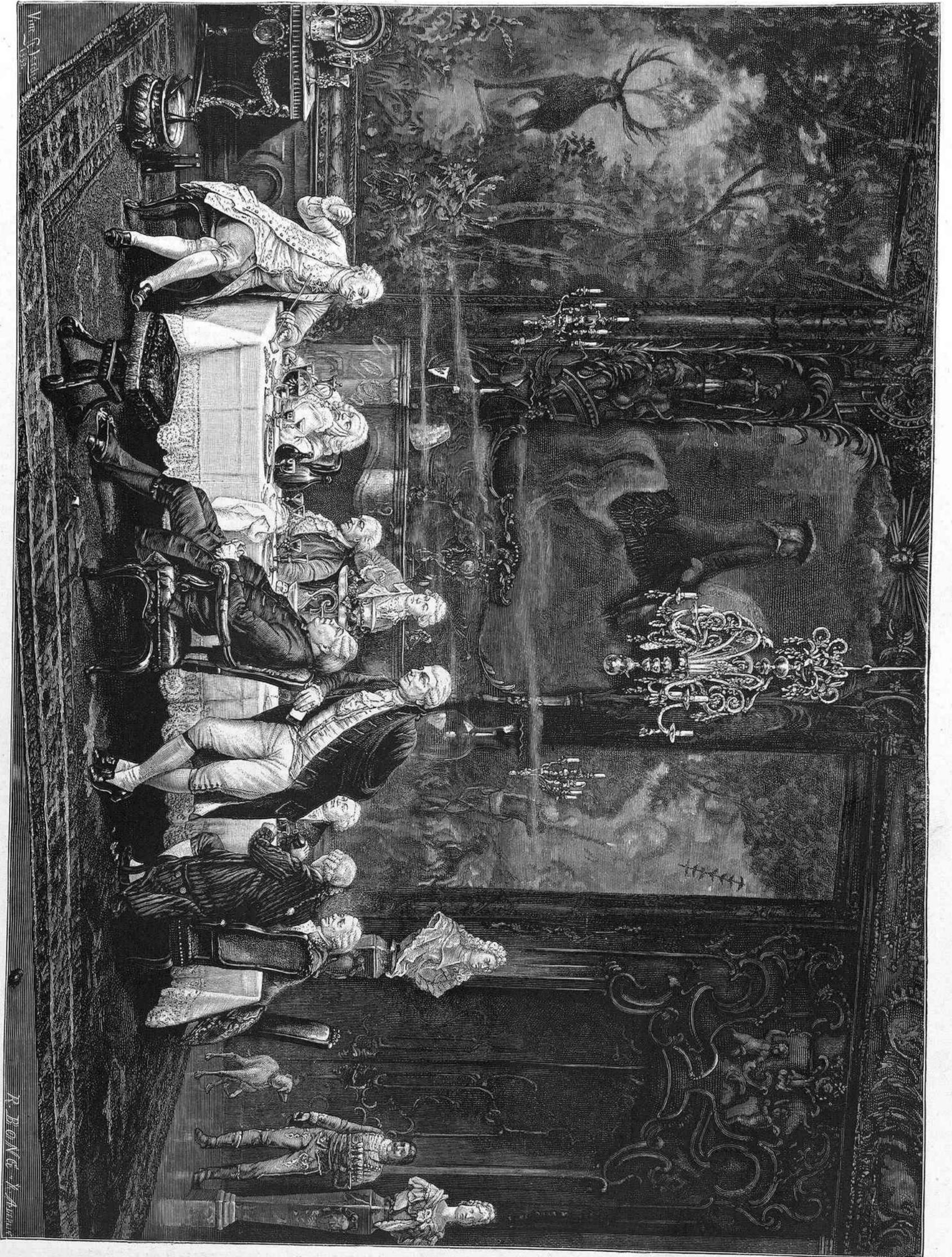
Pronto se dejó sentir la primera manifestacion de aquella guerra de zapa. Micaela, la antigua criada, se despidió de la casa; no podia resignarse á ser mandada por aquella jóven exigente y altanera, que habia venido á usurparle sus atribuciones.

Don Juan prestó poca atencion á este incidente; Micaela no suponía nada para él: era un instrumento reemplazable con otro, nada más.

Una mañana se suscitó una cuestion algo más importante; Nemesia hizo venir á un carpintero para que aserrase uno de los olmos del jardín próximo á las ventanas de su cuarto, con el fin de ahuyentar á los pájaros que venían á posarse en el árbol y la despertaban muy temprano. D. Juan se opuso formalmente, y ella, después de una escena conyugal, se fué desesperada á dar su acostumbrado paseo, al de Recoletos, única excursion que, por lo cercana, la toleraba su marido.

En aquella época el paseo de Recoletos era poco más que un callejon, con una cuesta en uno de sus costados, plantado de árboles torcidos, y en el que sólo habia algunos informes asientos de piedra.

Nemesia, sentada en uno de estos, golpeaba el suelo



EL BARON DE MUNCHHAUSEN, cuadro por Vicente S. Lerche



EL CUERPO DEL DELITO, CUADRO POR T. MORAGAS

Moragas Roma

EXPOSICION PARÉS



SALIDA DE UN BAIILE, cuadro por Ribera

con su sombrilla, pensando más que nunca en la rebelión, cuando acertó a pasar por frente de ella un joven oficial de caballería, guapo, de talle de avispa (como que usaba corsé) y arrastrando con aire marcial su corvo sable.

(Continuará)

EL ÚLTIMO DRAMA

(Conclusion)

IV

El húsar siguió visitando puntualmente todas las tardes a Magdalena; las relaciones de ambos se fueron estrechando poco a poco, y algún tiempo más tarde mediaron palabras que hicieron presumir un próximo enlace.

Magdalena veía todos los días a Casimiro en la calle ó en el balcon de la casa de enfrente, triste y cabizbajo. La posición de Casimiro era la del hombre amargado y rendido por las contradicciones y las pesadumbres.

Salía poco de su habitación, en donde apoyado un brazo sobre la mesa, la cabeza reclinada en la mano y vuelto de espaldas á la calle, pasaba largas y eternas horas, principalmente cuando el húsar iba á casa de Magdalena.

Debían desesperarle mucho estas visitas.

Un día á la salida de una iglesia, Casimiro se dió de manos á boca con Magdalena.

—Le he jurado á V. que no se casará con nadie más que conmigo.

—¡Qué risa!

—Por tanto, no se casará V. con el húsar.

—¿Por qué?

—Porque lo prohibo yo.

—¿Usted?

—Nos casaremos pronto, muy pronto.

—¿Usted y yo?

—En este mismo año.

—¿Lo cree V. así?

—Y así será.

—¡Qué miedo!

—Usted lo ha tomado á broma, y estoy hablando seriamente.

Adios Magdalena; hasta el día de la boda.

Magdalena sintió frío y calor á un tiempo mismo. Aquella seguridad la trastornaba.

Volvió á su casa muy preocupada, y por la tarde, cuando llegó el húsar le dijo:

—Ya estoy decidida.

—¡Gracias á Dios!

—Me caso, pero con una condicion.

—Tú dirás.

—Que la boda ha de celebrarse mucho antes de que termine el año, y sin que se entere nadie de ello. ¿Lo aceptas?

—Aceptado.

—Que no se entere nadie, nadie, nadie.

—Nadie se enterará. Se arreglarán los papeles con el mayor sigilo, se dispensarán amonestaciones, y una mañana muy temprano, muy tempranito, nos vamos á la iglesia á que nos eche las bendiciones el cura.

—Así, así; pero pronto.

—Pronto será.

Después de despedirse el húsar, Magdalena corrió al balcon; en el fondo del cuarto vió á Casimiro vuelto de espaldas á la calle, la cabeza descansando en la mano y el brazo sobre la mesa, como si estuviera pensando ó durmiendo.

—¡Ah! ¡Quizás medita la idea de realizar su proyecto! Piensa, piensa, que cuando menos lo esperes vas á verte



UNA VISITA INOPORTUNA, cuadro por Gustavo Sus

chasqueado y corrido. ¡Ah!—prosiguió cerrando las manos y frotándose un puño contra otro.—¡Rabia! ¡rabia! ¡rabia! ¡te odio! ¡te odio! ¡Antes muerta que tuya!

Y concluyó sonriéndose, viendo que el húsar salía al balcon mientras que Casimiro seguía durmiendo ó pensando.

V

Todo llega en el mundo; por tanto, llegó también el codiciado día de la boda.

Aún no había amanecido, y ya el húsar esperaba impaciente á Magdalena en la sala inmediata al tocador. Por fin salió prendida de mil y un alfileres.

—Te he hecho esperar; perdona. ¿Está el coche abajo?

—Abajo espera.

—¿Nadie habrá sospechado que estás en Madrid?

—Nadie. Todos creyeron en mi licencia, y á estas fechas me juzgan al lado de mi familia en Valencia.

—Pues vamos antes de que amanezca.

—Cuando tú quieras.

—Un momento.

Magdalena abrió uno de los balcones, y miró la casa de enfrente, que estaba muda y silenciosa como un sepulcro.

—Todo cerrado; todos duermen. Vayámonos sin hacer ruido. Temo, no sé por qué, que la boda no llegue á realizarse.

—¡Pues no faltaba más! Dentro de una hora estaremos

puede imaginarse.

—¿Qué significa esto?—exclamó Magdalena. Y volviéndose horrorizada, se encontró con su marido, que sonreía bondadosamente.

—¿Que sabes?...

—¿Qué?

—Lo que significa esto.

—¿Cuál?

—Mira.

Y lo llevó al balcon mostrándole lo que tanta sorpresa le causaba.

—¿Qué es esto?

—¡Un maniquí!

—Sí, ciertamente.

—¿Pues, y la persona que habitaba ese cuarto?

—Aquí está.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿En mi casa?

—En nuestra casa.

—¡Es posible!

—Y tan posible.

—Necesito verlo para creerlo.

—Pues aquí la tienes.

Y diciendo y haciendo, el húsar se arrancó bigote y peluca, apareciendo la cara de Casimiro monda como cabeza de seminarista.

casados y bien casados.

—No perdamos tiempo. Échame sobre los hombros este abrigo. Gracias. Dame el brazo. Sujeta ese sable. ¡Ea! En marcha, que pronto amanecerá. ¿Falta algo?

—Nada.

La criada apareció.

—Alumbra, que no se sienta la llave en la cerradura. Oye: tú te vienes con nosotros; no quiero que te quedes en casa; puedes hacer ruido, levantarse alguno en la vecindad, trabar conversacion, y... ¡Sois tan habladoras!... Lo dicho, te llevamos con nosotros.

—Como V. quiera, señorita.

—En marcha.

Tomando las más grandes precauciones, abandonaron la casa, subieron al coche y se dirigieron hácia la iglesia.

Allí esperaban los padrinos y los testigos.

Ya había amanecido cuando se reunieron estos y aquellos.

Todo estaba preparado.

La boda se verificó en medio del mayor orden y con bien escasa concurrencia.

Al salir de la iglesia Magdalena, el húsar y la criada subieron á un mismo coche.

—Iremos á tomar chocolate á la montaña del Príncipe Pio. ¿Qué te parece?

—Una gran idea.

—Los tres juntitos.

—Los tres.

—Así como así, tengo apetito.

Después del chocolate todavía dieron los tres un paseito volviendo por fin á casa contentos y dichosos.

El primer cuidado de Magdalena, así que se quitó el abrigo, fué correr á los balcones y mirar al cuarto de Casimiro.

¡Quedó petrificada y muda de espanto!

En medio de la habitación, cara á la calle, había un maniquí de palo, sentado en una silla, el brazo apoyado en la mesa, y la cabeza recostada en la mano.

Tenia el aspecto más fúnebre y estúpido que

Magdalena lanzó un grito.

—Te he cumplido mi palabra,—dijo Casimiro tranquilamente.—Te amaba, te amo, y tu vida me era necesaria. Desde mi infancia soy actor, profesion que bendigo más que nunca, pues gracias á ella he conseguido ser tu esposo. Ya me irás tratando, me conocerás y cuando llegues á conocerme, no podrás ménos de amarme. ¡Cómo no, queriéndote tanto!

Magdalena que hasta entónces ignoraba quién era su vecino, recordó al actor más querido y celebrado de España, sintió halagada su vanidad, satisfecho su amor propio y tendiendo una mano á Casimiro, le dijo con voz tierna:

—Te perdono, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que si algun dia dejas de quererme me engañes del mismo modo que ahora lo has hecho.

—No es necesario fingir lo que se siente.

—¿De veras me quieres?

—Mucho.

El matrimonio se consumó y vivieron felices y dichosos.

Vale.

FÉLIX REV

LA EXPLORACION

DEL PILCOMAYO

III

Describamos ahora lo más sucintamente que nos sea dable la reciente expedicion de M. Thouar y su resultado. Encargado este viajero de una mision en América por órden del gobierno francés, recibió, hallándose en Santiago de Chile, una comunicacion del ministro de Negocios extranjeros en la que se le prevenia que hiciera toda clase de pesquisas para averiguar el paradero y la suerte de los dos prisioneros de la mision Crevaux, á quienes algunos indios Chiriguanos habian visto atados á unos árboles en el país de los Tobas. En cumplimiento de esta órden, Thouar pasó á Bolivia, expuso al ministro del Exterior, Sr. Guizarro, la mision que llevaba y su proyecto de explorar el Chaco tan luégo como la hubiese desempeñado, y habiéndole entregado aquél eficaces cartas de recomendacion para que las autoridades de la frontera le auxiliaran en cuanto necesitase, partió á los cuatro dias para Tarija, atravesando la inmensa meseta boliviana desnuda de vegetacion, polvorienta, y circunscrita por una cordillera de volcanes apagados cuyas cimas reflejaban en el fondo azul del firmamento la blancura deslumbradora de sus nieves eternas. En Tarija encontré con que el gobierno boliviano estaba organizando una columna de doscientos hombres que debian partir muy en breve para el Pilcomayo con órden de ocupar á Teyo, residencia principal de los indios Tobas; y defiriendo á las sugerencias del doctor Campos, delegado del gobierno y comisario de la expedicion, accedió á reunirse con ella y á aguardar á que la columna emprendiese la marcha. Efectuóse esta el 26 de agosto, yendo la expedicion acompañada por cien indios Chiriguanos de la mision de Aguairanda; á los tres dias llegaron unos y otros á la orilla derecha del Pilcomayo, á un lugar llamado Santa Bárbara, hoy «Colonia Crevaux» situado á los 21°34' lat. Sur, en donde permanecieron ultimando los preparativos hasta el 10 de setiembre, fecha de la partida definitiva para Asuncion del Paraguay á través del Chaco boreal.



EL TOQUE DE AÑO NUEVO, cuadro por Otto Kopp

Pero antes de exponer las peripecias de esta larga marcha, que duró sesenta y tres dias, convendrá que demos á conocer el resultado de las pesquisas hechas por Thouar para encontrar los restos de la mision Crevaux.

Al llegar dicho viajero á la frontera, encontró á Ceballos, el jóven boliviano de diez y seis años, superviviente de aquella mision, el cual le confirmó las circunstancias que mediaron en la perpetracion de la matanza, añadiéndole que habia pasado seis meses prisionero de los Tobas. Thouar mandó buscar en seguida al indio Yahuanahua, intérprete de la mision, que se habia escapado tambien de la matanza y el cual le hizo el mismo relato que Ceballos. Recorriendo la frontera de Norte á Sur, y tomando informes de los Chiriguanos y Chanupies, adquirió la certidumbre de que habian sobrevivido algunos prisioneros. Al punto envió á decir á los capitanes tobas de la frontera y en particular á Peloko, anciano de noventa y cinco años, que deseaba hablar con ellos. Convínose en tener una entrevista á orillas del Pilcomayo, y M. Thouar consiguió en ella que algunos indios le prometiesen recorrer las tribus circunvecinas, con notas escritas en francés, español y toba, haciendo saber que iba en busca de los prisioneros. A los pocos dias regresaron dichos indios asegurándole que no quedaba superviviente alguno; más adelante, hallándose ya en el Chaco, supo por los indios Guisnayas que Haurat y Blanco habian conservado su vida en el momento de la matanza, gracias á la intervencion de la india Yalla,

y plantó en él dos palos cruzados, tributando así un piadoso homenaje á la memoria de tan nobles víctimas, cuyas huellas, frescas todavía, no se habian borrado enteramente de las arenas del misterioso Pilcomayo.

Los Tobas huian ante los expedicionarios incendiando sus ranchos. El 12 de setiembre tuvieron estos la suerte de acampar en frente de los del anciano Peloko, á quien visitó Thouar inmediatamente, asegurándole que la columna iba en són de paz y que respetaría las viviendas y los numerosos rebaños de caballos, mulas, carneros, bueyes, perros, etc., de los Tobas. Peloko le proporcionó dos de sus hijos en calidad de guías, los cuales desempeñaron este cometido con tanta inteligencia como solicitud, haciendo atravesar á la columna con sumo cuidado los bañados de Cavayu-Repoti, húmedos todavía; luégo la condujeron á la comarca de los indios Guisnayas del cacique Sirome, al través de todo el territorio de los indios Matacos, á donde llegó el 19 de setiembre sin el menor percance, aunque seguida á cierta distancia por un número respetable de indios, en actitud puramente pacífica. Aquel dia hizo un calor sofocante; el termómetro marcó 37° á la sombra á las tres de la tarde. Barruntábase una tormenta, la cual estalló á las seis, desencadenándose una hora despues con toda su fuerza: el viento barria con violencia inaudita cuanto encontraba á su paso, arrebatando las tiendas de campaña y desarraigando corpulentos árboles. Guarecidos los expedicionarios en un bosquecillo

pero que habian fallecido á los cinco meses de cautiverio, de padecimientos y privaciones. De los restos de la mision sólo pudo recoger un barómetro Fortin, una carta de Crevaux, un croquis del Pilcomayo trazado por este y anotado por Billet, y la borda de una de las embarcaciones.

Hemos dicho poco antes que la expedicion de M. Thouar emprendió el 10 de setiembre de 1883 la marcha desde la «Colonia Crevaux» para la capital del Paraguay. Esta expedicion se componia de un coronel, dos tenientes coroneles, el doctor Campos, 80 soldados de línea, indios Quichúas de Potosí y 30 guardias nacionales de caballería; en total unos 140 hombres.

El rio Pilcomayo que, segun ya hemos indicado, nace en la Cordillera oriental de los Andes de Bolivia, recibe muchos afluentes: su curso es sinuoso y rápido hasta el salto de Pirapo, dos leguas más arriba de la mision de San Francisco de la cual habia partido el doctor Crevaux, á los 21°15' lat. Sur. Desde este punto hasta el paralelo 22, el curso del rio es muy regular; su velocidad es de 1800 á 2000 metros por hora, y sus aguas corren por un lecho de arena aurífera de unos 200 metros de anchura, sin rocas ni troncos de árboles que lo intercepten. La altura de sus márgenes varía entre cinco y seis metros, estando orladas de bosquecillos siempre verdes de sauces, bobos y gayacos. El terreno es llano, arenoso; y en el límite á que llegan las grandes avenidas se extiende una línea de majestuosos algarrobos, y detrás de ellos inmensas llanuras con excelentes pastos.

A las diez de la mañana del 11 de setiembre llegó la expedicion enfrente del sitio en que fué asesinada la mision Crevaux. M. Thouar sacó una fotografia de aquel punto,

de algarrobos, pasaron la noche llenos de mortal ansiedad: de vez en cuando caían anchas y tibias gotas de lluvia; los relámpagos fulgurantes, que se sucedían casi sin intermisión, los envolvían por todas partes, y los estampidos del trueno resonaban en el espacio con ensordecedor estruendo. A media noche la tormenta se resolvió en una de esas lluvias torrenciales como sólo se ven entre los trópicos.

Las relaciones de los exploradores con el cacique Sirome fueron cordialísimas. Los indios Guisnayas de esta tribu están en comunicación casi directa con Jacuiva, población comercial de la frontera boliviana, por la vía de Tonono y de Ytyuru. M. Thouar renovó sus gestiones para obtener más datos acerca de los prisioneros que habían huido por este territorio, y quedó firmemente persuadido de que habían muerto hacia seis meses. Sirome autorizó a dos de sus hijos para que acompañaran a la expedición hasta el río Paraguay, y esta emprendió de nuevo la marcha el 21 de setiembre.

En la madrugada del 23 encontróse en presencia de un crecido número de Tobas y de Tapietis armados de pies á cabeza y en ademán francamente hostil. M. Thouar iba á la cabeza de la vanguardia, precedido por dos Guisnayas, cuando el cacique de esta tribu le interceptó el paso, le preguntó con rudeza y altanería á dónde iba aquella columna y qué se proponía hacer en un territorio que no era el suyo, y terminó exigiendo que los expedicionarios retrocedieran. M. Thouar mandó al punto que se desplegaran en guerrilla los veinte hombres de la vanguardia: entre tanto llegó el grueso de la fuerza, y á su vista los indios depusieron sin intenciones hostiles, dejando el paso libre. La columna vadeó el Pilcomayo, que en aquel sitio era poco profundo, y siguió su marcha por la orilla izquierda.

El aspecto del río era allí diferente; las orillas son arcillosas, de 12 á 15 metros de altura, casi verticales; distan unas de otras más de 1800 metros, pero la corriente no excede de 60 de anchura. La vegetación varía un tanto: los bobos y los sauces desaparecen con las arenas, sustituyéndolos el mistol, el tusca, el chañar, el algarrobillo, etc., árboles que tienen de 8 á 12 metros de altura; sus hojas, finas y delicadas, de la misma forma que las de la acacia y colocadas en las ramas del propio modo, ocultan numerosas espinas que dificultaron en gran manera la marcha de los exploradores.

Durante la noche de aquel mismo día desaparecieron los guías. Hasta entonces los indios no habían molestado á la expedición, la cual sólo había tenido que ahuyentar los muchos jaguares que pululaban en torno del campamento, espantando y poniendo en fuga á los caballos. Como ningún indio quería servir de guía, M. Thouar tuvo que dirigir la marcha de la columna valiéndose de la brújula. El 2 de octubre acampó esta á los 23° 34' 50" de latitud Sur, sufriendo toda la noche los atrevidos ataques de los jaguares; hacia tres días que no se había visto ningún salvaje, por cuya razón era de temer una emboscada, y en efecto, el día 3, al salir el sol, se presentaron aquellos en número de 800 á 1000. Ocultando el grueso de sus fuerzas



Recolectoras de fucos y algas, cuadro por H. Rasch

entre los cañaverales que rodeaban el campamento, dieron principio al ataque al són de un instrumento llamado *pucuna*, haciendo sus jinetes una diversion hacia la retaguardia, mientras trataban de romper las líneas de los expedicionarios disparándoles una granizada de flechas. Trabajó entonces un recio combate que duró tres horas: la columna tuvo seis heridos, al paso que esta puso fuera de combate más de treinta indios. A las ocho prosiguió la expedición su marcha al través del territorio de los enemigos, los cuales huyeron quemando sus ranchos y abandonando numerosos rebaños de carneros, cabras y bueyes, que la columna respetó. Durante los siguientes días, los salvajes se contentaron con provocar á los exploradores, pero lejos del alcance de sus fusiles, hasta que, asombrados sin duda de que se respetaran sus ganados y ranchos, cesaron en su persecución.

Esta consideración guardada por M. Thouar y los suyos redundaba, sin embargo, en su perjuicio, porque los víveres que llevaba la columna empezaban á agotarse; pero convenía dar á los enemigos una lección de superioridad á la vez que confirmarles los anunciados propósitos de paz y buena amistad que en su día podían dar provechosos resultados.

La marcha continuó unas veces por la orilla derecha y otras por la izquierda, y sin más incidentes llegó la columna el 11 de octubre al sitio llamado Caballo muerto, situado á los 24° 20' de latitud Sur y 61° 31' de longitud Oeste de Paris. Allí empiezan las inmensas llanuras pantanosas del bajo Pilcomayo: á uno y otro lado se extienden hasta perderse de vista pantanos inmensos, profundos, sobre todo en la orilla derecha, los cuales son continuación de una serie de grandes lagos que en la izquierda se ven hasta cuatro ó cinco kilómetros de distancia. Las márgenes son muy bajas, y apenas sobresalen del nivel del agua.

La caballería de la columna iba ya en un estado deplorable, extenuada, hambrienta, porque los indios, imitando la táctica de los rusos cuando la invasión francesa de principios del siglo, incendiaban todo cuanto había en el territorio que debía atravesar la columna, así ranchos como pastos. Era ya imposible seguir por más tiempo la corriente del Pilcomayo; así fué que los expedicionarios se encaminaron al Este, no quedándoles otra alternativa sino

meterse en los pantanos, de donde jamás habrían salido, ó exponerse á morir de sed. Los indios no dejaron de seguirles por las praderas. El Pilcomayo se perdió enteramente de vista, dirigiéndose al Sur.

A los pocos días no quedaba ya un buey para el consumo, y hubo que matar las mulas. La marcha se iba haciendo cada vez más lenta y difícil; por todas partes se extendía un dilatado mar de altas yerbas que empujaba á los exploradores al Es-nordeste. Estos habían perdido ya las fuerzas y el ánimo; y todos los días iban dejando atrás caballos que no podían seguirlos. Tan sólo tenían carne de mula para sustentarse; de noche los acosaban manadas de jaguares que, juntamente con las intolerables nubes de mosquitos, no les daban punto de reposo: por otra parte, los indios seguían rodeándolos con un círculo de fuego; de suerte que sufrían los inaguantables tormentos

del sueño, del hambre y de la sed. Tuvieron que cruzar grandes bosques de palmeras; iban casi todos á pié, y se vieron además en la precisión de dejar por el camino todos sus bagajes, porque se iban quedando sin acémilas. El cansancio, el desfallecimiento apenas les permitían dar un paso, y para colmo de penalidades y contratiempos hubieron de cruzar á pié grandes pantanos con agua hasta la cintura; siéndoles de todo punto imposible tenderse, algunos trataban de dormir de pié, pero todos tenían las piernas hinchadas y devoradas por las sanguijuelas.

Después de treinta y dos días de fatigas y privaciones, después de pasar por todos los grados del sufrimiento y de la desesperación, llegó por fin la columna, el 10 de noviembre por la mañana, á un punto que sólo distaba legua y media del río Paraguay, del cual la separaba una inmensa llanura llamada de Naro, á unas seis leguas al Norte de la Colonia Villa Hayes y á doce de la Asunción. Ya era tiempo.

Un cazador de jaguares acudió en su barca al encuentro de los expedicionarios. El júbilo de estos fué inmenso: pálidos, macilentos, muertos de hambre, rendidos de cansancio, con los trajes hechos jirones, presenciaron entonces un espectáculo conmovedor: M. Thouar sacó del pecho una bandera francesa, y todos tributaron los debidos honores á las dos banderas que por primera vez acababan de atravesar las misteriosas regiones del Chaco, en las que yacen los restos de tantas víctimas generosas.

El gobierno del Paraguay se apresuró á poner á disposición de los exploradores un cañonero que los condujo á la Asunción.

Su misión quedaba terminada: la Geografía acababa de enriquecerse con nuevos datos acerca del curso de un gran río y de la situación topográfica de una comarca misteriosa y desconocida; pero estas ventajas no se habían conseguido sin tener que lamentar otra víctima sacrificada en aras del progreso, sin tener que deplorar la muerte de un individuo de la expedición que, postrado, y sin fuerzas, se quedó rezagado, siendo pasto de los voraces jaguares.

La ciencia, como la guerra, ha producido siempre héroes, como la religión, mártires, y como la Providencia, bienhechores.

MANUEL ARANDA



RECUERDO DE ROMA, cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Sr. Buxareu

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON